

CASA DE CITAS



MARCEL MAUSS, CRÍTICO DE LA VIOLENCIA BOLCHEVIQUE

Observaciones sobre la violencia.

Introducción y selección:

FERNANDO ÁLVAREZ-URÍA

El gran sociólogo y antropólogo francés Marcel Mauss (1872-1950) compartía con Jean Jaurès, y con su tío Émile Durkheim, el ideal de un socialismo democrático que sería fruto del reconocimiento del valor del trabajo, de la justicia, la educación laica, el desarrollo de una moral social solidaria. Para este proyecto de largo alcance las investigaciones sociológicas, entendidas como respuestas a demandas de clarificación de los ciudadanos, debían servir de una inestimable ayuda.

En sus años jóvenes Marcel Mauss militó en el Partido Socialista liderado por Jean Jaurès, se movilizó a favor de las cooperativas de producción y de consumo, participó como columnista en el periódico *L'Humanité*, y en otros periódicos socialistas.

¿Cuál fue la posición que mantuvo Marcel Mauss ante la revolución rusa? ¿Qué pensaba de la violencia revolucionaria y de la dictadura del proletariado? ¿Cómo valoraba la disolución por los bolcheviques de la Asamblea Constituyente, y la instauración del partido único en la gestión del joven Estado soviético? Para responder a estas preguntas es preciso leer con atención la serie de cinco artículos que bajo el rótulo “Observaciones sobre la violencia” publicó en la revista *La Vie socialiste* entre febrero y marzo de 1923. En estos textos resuena el eco del agrio debate que mantuvieron Karl Kautsky y Leon Trotsky, en sus escritos sobre *Terrorismo y comunismo*, así como declaraciones reformistas de otros socialistas amigos, como por ejemplo Albert Thomas¹. Las “Observaciones sobre la violencia”, escritas al hilo de los acontecimientos, no carecen de inseguridades, pero reflejan bien el compromiso indolegable con la verdad de un intelectual socialista que situó la defensa de los derechos humanos en el centro de las políticas progresistas.

¹ Véanse los artículos en Marcel Mauss, *Écrits politique. Textes réunis et présentés par Marcel Fournier*, Ed. Fayard, Paris, 1997, págs. 509-531. Véase también Albert Thomas, *Bolchevisme ou socialisme?*, Paris, 1919, así como Giovanni Busino, “Marcel Mauss, interprète d'un phénomène social total: le bolchevisme” *Revue Européenne des Sciences Sociales*, XXXIV, nº 105, 1996, págs. 75-92, y también Marcel Fournier, *Marcel Mauss*, Fayard, Paris, 1994. Además hay que citar a Eugenio Gallego, “Marcel Mauss y la revolución rusa”, *Claves de Razón Práctica*, nº 86, 1998, pp. 54-57.

Fascismo y bolchevismo

Georges Sorel ha muerto, ha entregado su alma despiadada a un Dios a quien tenía sin duda la libertad de reverenciar, pero no fue muy leal al rendirle un culto en secreto.

De Sorel queda más una acción que una teoría. Esta se reduce a una fórmula, a un “mito”, como él decía. *Reflexiones sobre la violencia*, obra de un viejecito avinagrado que no se preocupaba por las consecuencias de sus actos, alguien que no recibió ningún mandato por delegación, y que carecía del menor escrúpulo científico, tuvo un eco bastante amplio.

Dos grandes acontecimientos pueden ser asociados, con matices, con las fórmulas de Sorel: el bolchevismo y el fascismo. Al decir esto no pretendemos afirmar que la Revolución rusa, incluso en su actual forma efímera, haya tenido por origen las *Reflexiones sobre la violencia*, sino más bien que Lenin ha reconocido públicamente la deuda que contrajo con Sorel, de modo que Sorel, que fue siempre un vanidoso impenitente, se vanagloriaba enormemente de pensar, al final de sus días, y en un periodo reaccionario de su pensamiento, que él era el padre de la primera revolución social que había triunfado. Sorel aceptaba, lleno de satisfacción interior, las alabanzas de Lenin, y creyó descubrir en el éxito de los métodos desplegados por los bolcheviques la verificación de sus propias teorías. Quedaba así probado, al menos en lo que a él concernía, que el único método revolucionario era la violencia.

Otro apóstol de la violencia, que también ha recurrido a ella, fue Mussolini, otro personaje que se reclamaba seguidor de Sorel. [...] Si confundiésemos la historia de los hombres con la de las ideas, y la de las ideas con la de los hechos, diríamos que Sorel es al menos el padrino de Mussolini y de Lenin.

[...] COMENCEMOS por el fascismo. Posiblemente pueda parecer un poco osado emitir un juicio sobre un hecho tan reciente, y del que aún no se llegan a entrever los primeros efectos. Arriesguémonos, sin embargo. Y ello con más razón si tenemos en cuenta que contamos

con la ayuda de toda la prensa italiana, que vigila muy de cerca al fascismo, al que teme, y también con toda una serie excepcional de artículos publicados por el Times, que nos facilitan la tarea.

El fascismo es, en efecto, una minoría activa que en tres años ha conseguido crecer, y en tres meses ha conseguido imponerse en todo el país. Es cierto que los errores de sus adversarios, los comunistas y maximalistas, han sido la causa principal de su razón de ser. La violencia y la brutalidad de aquellos que predicaron la revolución a imagen de los Soviets, la deshonestidad de aquellos que comenzaron a realizar razzias, con frecuencia individuales, mientras esperaban a la colectividad, la estupidez de aquellos para quienes la política no va más allá de la toma de las fábricas (con la complicidad de Giolitti), todo esto fue un buen pretexto para la inteligente e intrigante joven burguesía italiana, y también para la vieja y maniobrera aristocracia agraria. Todos ellos intervinieron, como de costumbre en Italia, con la ayuda de bandas a las órdenes de un condottiero.

[...] EL FASCISMO, y su primogénito, el bolchevismo, son ante todo movimientos de tropas que no han querido disolverse, tropas que no han sido bien desmovilizadas. Son movimientos militares contra masas civiles, y no movimientos formados por esas masas

[...] EN EL FONDO el fascismo y el bolchevismo no son más que episodios políticos de la vida de pueblos que permanecen ineducados políticamente. La fuerza, tanto en Rusia como en Italia, solo juega ese papel porque no hay en esos países opinión pública, educación cívica, en una palabra, ciudadanos.

La violencia bolchevique. Su naturaleza. Sus excusas

Como hemos visto, fascismo y bolchevismo son, no tanto formas de civilización y de progreso, cuanto acontecimientos acaecidos en pueblos aún mal organizados. Ambos son movimientos fruto de la brutalidad, y no del pensamiento político.

[...] LA ÚNICA lección que se puede extraer realmente, para nuestras sociedades occidentales y septentrionales, de estas aventuras violentas, es justamente la condena moral y económica de la violencia.

El abuso de la fuerza no es, tanto para las sociedades como para los individuos, un signo de capacidad, y menos aún de capacidad política que de cualquier otra capacidad. Si la mejor administración es en efecto aquella que menos se deja sentir, se podría incluso decir que en nuestras naciones cuanto más fuerte es un régimen político menos necesidad tiene del recurso a la fuerza. En realidad la historia del bolchevismo será la historia del fracaso de esos procesos de tiranía que fueron propios de aquellos estados antiguos, medievales, Estados como la Rusia de los zares. En ningún otro lugar se encontró nunca semejante locura en el empleo de los medios violentos. En último término se puede concebir que se tiranice a un pueblo desde el punto de vista político, o más exactamente policial. [...] Pero pretender instaurar por semejantes medios un nuevo régimen económico, moral, jurídico, e incluso religioso, es algo que hasta los tiranos más ilustres nunca llegaron a intentar. [...] El error del bolchevismo radica en haber creído que se pueden instaurar leyes, derechos, a golpe de decretos, a golpe de violencia, creer, en suma, que se pueden gestionar intereses sin el consentimiento y la confianza de los interesados. [...] El fracaso es, desde 1921, cada vez mas perceptible.

El bolchevismo, a pesar de sus errores, a pesar de la hambruna más terrible de la historia, sólo se mantiene aún en el poder porque ha sabido hacer su propia revolución, o mejor por su reacción. Cuanto más se avance en la historia mejor se percibirá que los decretos de abril de 1921, los que inauguraban la “Nueva Política Económica” – la N.E.P., como se dice allí–, han sido no solo la expresión de un fracaso, sino también el comienzo de una nueva fase de la Revolución rusa, una especie de Termidor llevado a cabo por los seguidores de Robespierre.

[...] ES PRECISO dar a esta cuestión una respuesta compleja, pues la violencia bolchevique, a pesar de que se vio erigida en doctrina con anterioridad a la guerra, no es enteramente responsable del Terror ruso. El bolchevismo tiene una historia gloriosa y estimable por otros motivos que los de su compañero el fascismo. No es el único que en Rusia recurrió a la fuerza y a la intriga. El heroísmo que en ocasiones suscitó ha sido muchas veces por una causa justa, hasta el punto de que incluso algunas de sus crueldades serán sin duda algún día absueltas por la historia.

En otros casos la responsabilidad de los bolcheviques debe ser reducida a la mitad. Por ejemplo sería injusto hacer cargar sobre los bolcheviques todos los crímenes de una multitud, de la multitud rusa, pues ellos tan solo son responsables de haberlos desencadenado: militares derrotados que regresan a sus casas con sus fusiles y metralletas; campesinos poseídos por una fiebre de insurrección; innumerables tropas de lacayos emancipados y de truhanes urbanos –bandas de *hooligans*, como se dice en Inglaterra–. Este estado de anarquía se mantuvo durante todo el año 1918. En este mismo año, y en los tres años siguientes, intervino una nueva causa de violencia que no fue obra únicamente de los bolcheviques: la guerra civil. El bolchevismo pudo confundir, con razón, al menos en lo que a Francia se refiere, esta guerra civil con la guerra extranjera.

[...] ESTO ES TODO lo que se puede recapitular como excusa de la ferocidad bolchevique durante estos primeros años. En último término se podría incluso apelar a una especie de locura obsesiva que se apoderó de este pueblo ferozmente boicoteado por casi todo el mundo, aislado, hambriento, arruinado, desertizado por el éxodo de sus mejores elementos... Pero resulta muy difícil discriminar con claridad qué es lo que fue fruto de la fatalidad, de todo lo que fue efecto de ese carácter estúpido que los bolcheviques dieron a su lucha contra el mundo entero, y contra la elite de su propia nación.

La violencia bolchevique. Balance del terror. Su fracaso

Mientras que la Revolución francesa se debatía, al igual que la rusa, en medio de las peores angustias de la guerra civil, y sobre todo en pugna con el mundo entero que había desencadenado contra ella una guerra que recuerda en parte a la que sufre el *blocus* de los Soviets, mientras que la Revolución francesa se entregaba a las necesidades del Terror, perseguía al mismo tiempo un esfuerzo gigantesco por construir que se ha materializado en ese monumento que es la Francia moderna.

[...] ALGO muy distinto ocurre en Rusia, pues el bolchevismo quedará grabado en la historia por la pobreza, tanto de sus ideas como de sus realizaciones legales y administrativas.

[...] EN ECONOMÍA el bolchevismo lo ha destruido todo. El problema era gigantesco, lo reconozco, y más complicado aún si cabe en razón del abominable bloqueo europeo. Pero el deterioro de riquezas inmensas, su derroche, son el fruto de su política [...] Los bolcheviques tendrán algún día que pagar la pena de su fracaso, ya que sería demasiado cómodo, e incluso daría mal ejemplo, que el primer régimen socialista que se ha intentado materializar en la historia termine con un *crach* en el que los causantes permanezcan impunes.

Hay algo aún peor, el hecho de que los bolcheviques hayan secado el manantial incluso de toda vida social, la confianza y la buena fe. Es cierto que Rusia ha sido siempre un país arbitrario, con funcionarios corruptos, pero todos aquellos que han viajado a la Rusia de los zares han quedado siempre sorprendidos por la honestidad real del pueblo, por la bondad cristiana de miles de buenas gentes. [...] Los bolcheviques y su *cheka* cambiaron todo esto. Y los que vienen de Rusia, incluso los rusos más proclives al bolchevismo, señalan la tranquilidad que sienten aquí por el hecho de poder fiarse del vecino, por poder comprar y vender, por circular por la calle, sin temor a ser denunciado como opositor a cualquiera de los numerosos y contradictorios reglamentos, ofensor de uno de

los numerosos tribunales populares, sumarios y arbitrarios.

Frente a este terrible déficit, los bolcheviques pueden señalar pocas cosas positivas a su favor. Hay que decir sin embargo que ese poco resulta considerable si adoptamos como escala de medida a nuestras sociedades occidentales, relativamente pequeñas. Lo que han hecho sobre todo es destruir, aunque la destrucción de la burocracia y de la aristocracia rusas ha sido una buena acción.

[...] En fin, han tenido la habilidad de entregar a tiempo la tierra a los campesinos, y, tras cuatro años de idas y venidas erráticas, se resignaron a concederles la propiedad plena, realizando así la más gigantesca Revolución “pequeño-burguesa” de la historia. En todo el resto sus esfuerzos de construcción, incluso los más estimables y los más fáciles, por ejemplo, en materia de instrucción, por desgracia han fracasado.

La causa de estos fracasos hay que buscarla únicamente en los procedimientos atrasados que los bolcheviques han empleado para construir una sociedad de un tipo tan moderno que no existe ninguna otra de ese mismo género. A ello se añade que han aplicado leyes, que suponen una economía delicada, recurriendo a brutalidades dignas de los Faraones.

[...] LOS BOLCHEVIQUES, lejos de representar un perfeccionamiento de las sociedades modernas, representan una regresión respecto a las naciones europeas que se encuentran menos avanzadas en la vía del progreso.

No cabe duda de que es posible que de este horripilante cataclismo social salga algún bien. [...] Sin duda tras esta terrible purificación el pueblo ruso, la Revolución rusa, y deseémoslo, el socialismo ruso, conocerán un periodo de reconstrucción, de renacimiento, que estará lleno de gloria y de felicidad. Pero para entonces será preciso que se abandone la violencia bolchevique, pues esta violencia es la que es verdaderamente responsable del fracaso bolchevique. Nunca la fuerza fue peor utilizada que la desplegada

por los bolcheviques. Lo que caracteriza ante todo su Terror es su estupidez, su locura.

[...] LOS COMUNISTAS pretenden estar solos. En nombre del marxismo, y de un materialismo infantil, su sueño va más allá de lo que soñaron los dominicos en México, o los jesuitas en Paraguay: sueñan con la aniquilación de todo lo que no se quiera plegar a sus absurdas voluntades. En la actualidad, desde 1922, ya no se mata, pero se ha matado mucho y, en compensación, la deportación continúa. Más de diez millones de condenados políticos han sido internados en diez meses de 1922 en Siberia. De esta muchedumbre, casi la mitad está compuesta por intelectuales, y casi todo el resto por campesinos y obreros. Un número infinito de estos desgraciados está formado por especuladores y comunistas prevaricadores, o por aristócratas partidarios del antiguo régimen.

Los bolcheviques se han colocado de ese modo a sí mismos no solamente al margen de la ley moral, sino, sobre todo, al margen de las más elementales reglas de la prudencia política.

La violencia bolchevique. La lucha contra las clases activas [...] SI ALGO es evidente es que es imposible hacer una revolución social sin personal intelectual contra las clases más activas del país, contra las instituciones que le resultan más queridas, o que serían las más esenciales para el éxito. Pues bien, el bolchevismo ha sido el enemigo de todo aquel que pensaba libremente en el país. Combatí a la clase de los campesinos y a la clase obrera de las que, por lo visto, los Soviets son la más exclusiva e inmediata expresión. El bolchevismo destruyó a discreción todas las instituciones y asociaciones políticas, económicas y sociales que le hacían sombra, y que deberían haber constituido los engranajes esenciales de un socialismo que funcionase libre y naturalmente. Veamos cada uno de esos errores brutales. Se dirá que nuestro razonamiento se basa en premisas inspiradas en la posición propia de los girondinos. Es posible. Pero el primer error del bolchevismo ha sido adoptar un

manual pobre, ha sido la adulación servil de la masa ineducada –¡y hasta qué punto ineducada!–. Esta cruel eliminación de todos los partidos liberales, y sobre todo socialistas, fue algo más que un crimen, fue, como decía alguien, “un inmenso error”.

Nos encontramos aquí con uno de los principales rasgos de la fase terrorista de la Revolución rusa. Uno de esos errores irreparables fue esa masacre sistemática, realizada por la *cheka*, no sólo de una aristocracia traidora, sino de numerosos intelectuales, capataces, obreros, campesinos, comerciantes. Todos se habrían integrado bien en un régimen socialista si esta integración no les hubiese sido impuesta por la Guardia roja, que con frecuencia no era más que la antigua banda de los Cien Negros metamorfoseada, o la vieja guarnición (policía) apenas disfrazada. La baja y cruel demagogia de los inicios ha privado después a la Revolución rusa del personal directivo y de los técnicos necesarios. Hasta 1920 nadie fue consciente del error cometido, un error muy posiblemente irrecuperable. Pues, en último término, se puede pensar en una sociedad sin capitalistas y, aún con más razón, sin aristocracia, pero no es concebible una sociedad sin técnicos y sin administradores profesionales. De aquí se puede extraer una primera y gran lección: para que la revolución social triunfe es preciso que las clases verdaderamente dirigentes sean ganadas, sumadas a la revolución.

Hay otra clase a la que la Revolución rusa enseña también a no aterrorizar: el campesinado. Los años 1918-1919 y los comienzos de los años 1920, destacaron por la intervención violenta de la autoridad bolchevique en la administración de la economía agrícola.

[...] AUNQUE resulte menos llamativo no ha sido sin embargo menor el fracaso de los procedimientos dictatoriales relacionados con la clase obrera. Y es que, por una paradoja histórica, la dictadura del proletariado se convirtió en Moscú en una dictadura de un partido único sobre el proletariado.

De aquí los enfrentamientos con los mejores miembros de los sindicatos, con los ferroviarios, tipógrafos, y otros, y aún en la

actualidad contra los llamados mencheviques que son en realidad obreros que se oponen a la tiranía bolchevique.

Sin embargo, es en relación con todas las viejas y nuevas instituciones de Rusia donde ese furor se ejerce de una forma más aguda y loca, pues un socialismo más preclaro habría, por el contrario, hecho de ellas las células nobles de la nueva sociedad. Rusia, incluso la Rusia de los Zares, era un terreno de vida social y comunitaria aun imprecisa, pero viva.

Lavrof, el fundador del Partido Socialista Revolucionario, a quien tengo el honor de haber conocido, reconoció en el viejo *mir*, en la comunidad de las aldeas que subsistía en la Rusia de los zares, en numerosas provincias, una célula posible de la organización socialista de la economía agrícola rusa. Los bolcheviques destruyeron el *mir*, y muy posiblemente será preciso que transcurran muchos años antes de que los campesinos rusos regresen a la producción en común.

Contra la violencia. A favor de la fuerza

Concluyamos por tanto sobre la violencia. Tanto en Italia como en Rusia la violencia es tan inútil como enloquecida. Cualquiera de las grandes y pequeñas democracias europeas o anglosajonas habrían conseguido más con menor gasto.

Los bolcheviques, allí donde lo único que hicieron fue imponer la fuerza, no consiguieron nada. No organizaron nada desde el punto de vista económico, y su fracaso retrasará durante años el progreso de nuestras ideas y las nacionalizaciones necesarias en nuestros países occidentales.

[...] CONCLUYAMOS por tanto ya. La violencia en nuestras sociedades modernas es estéril. Es un modo de acción política costoso y agotado. Estas dos últimas aventuras de minorías activas deberían curar a los proletarios del mito de la violencia, y de la fe en el milagro social. La violencia no produce nada, cuando no se identifica con la fuerza al servicio de la ley. Todas las diser-

taciones sobre la fuerza y el derecho son maquinaciones sofisticadas que, desgraciadamente, en estas dos grandes movilizaciones, han servido como aparatos para fijar racionalizaciones a toro pasado. El socialismo solo triunfará cuando se identifique con el derecho y cuente a su favor con la fuerza material y moral de la sociedad. El socialismo es esencialmente la doctrina de las mayorías activas.

¿De estas *Observaciones sobre la violencia* deberíamos concluir un legalismo sin aristas, un respeto ilimitado no sólo de las leyes, sino también de todos los detalles de la legislación de nuestros Estados llamados burgueses?

Entendámonos bien. Tener el sentido de la ley, del derecho, de lo justo, sentir horror por la violencia, ese sentimiento peligroso, esa reacción de debilidad o de infantilismo cruel, no significa doblar la cerviz, resignarse, renunciar al cambio social. Proclamar que nos repugna el empleo de la fuerza, o mejor aún el abuso de la fuerza, no es lo mismo que decir que nunca se recurrirá a ella. Significa más bien decir que solo nos serviremos de ella en función del bien de la ley, y a su servicio.

[...] EL CRIMEN y la culpa del bolchevismo radica en haberse impuesto al pueblo, y en haber molestado incluso a la clase obrera de la que el gobierno dice haber salido, por haber aniquilado todas las instituciones sociales que hubiesen podido ser la base del nuevo edificio.

No queremos por tanto ninguna fuerza que se imponga contra el derecho o sin el derecho. Pero no renunciamos a poner la fuerza al servicio del derecho.

[...] EL TERROR no sólo es estéril, sino que a la vez inhibe también todo lo que es el centro neurálgico y activo de la sociedad en la que hace estragos. Y sin embargo es preciso ser fuertes para evitar los peligros de la reacción y de la anarquía. En toda sociedad hay elementos retorcidos, extremos, que hay que controlar. ¡Las mayorías que se dejan violentar reciben su merecido! El respeto utópico que

los socialistas revolucionarios rusos han puesto de manifiesto para con los bolcheviques, y que estos les pagaron con creces, servirá de enseñanza para los moderados de las revoluciones futuras que, sin duda, no se dejarán ya someter por una minoría audaz.

La reacción fascista aprenderá hasta qué punto un Partido socialista, en vías de conquistar la mayoría, deberá estar prevenido y ser sensato, y tendrá que no dejarse desbordar por elementos demasiado urgentes. Y aunque es cierto que esta aventura tiene lugar en un país que es aún políticamente nuevo, recuerda violentamente a todos los demócratas un gran hecho: las instituciones que les son mas queridas no están aún dotadas de un prestigio tan grande como para que puedan estar realmente al abrigo de golpes de mano realizados por la fuerza, a no ser que esas democracias estén convencidas de que hay que obligar a respetar por la fuerza su Constitución elegida.

Ya es hora de que las mayorías sean conscientes de sus derechos y de sus fuerzas, y que sepan servirse de ellos. El socialismo, en el fondo, no es otra cosa que el despertar, en las masas trabajadoras que forman la gran mayoría de nuestras naciones, esta conciencia de sus intereses y de sus derechos. Nuestra doctrina es esencialmente la doctrina de las mayorías activas. Acabemos por tanto con esos mitos de la acción directa de las minorías. Seamos nosotros mismos. Seamos fuertes y prudentes, mientras no tengamos aún la mayoría. Seamos sabios y estemos alerta, cuando la tengamos. Es preciso permanecer siempre despiertos contra las demagogias, y contra todas las reacciones. 🐻

FERNANDO ÁLVAREZ-URÍA ES CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA
EN EL DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA IV DE LA UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE DE MADRID.